EPC noviembre final 10/23/08 1:43 PM Page 22

El espejo de las ideas
Los verbos del futuro

EDUARDO GARZA CUÉLLAR

Mircea Eliade refiere como un momento fundamental del proceso histórico aquel en el que la raza humana se hizo consciente del carácter irrecuperable del pasado. Hasta entonces, el "mito del eterno retorno" había resguardado al espíritu antiguo de la angustia por el futuro. Siendo el tiempo antiguo circular, el porvenir, aunque no exento de sacrificios, se sabía predecible.

Imaginar un tiempo lineal supuso desde la perspectiva del filósofo rumano un terror pánico. Un pasado perecedero supone un futuro impredecible. Nos obliga a asumir una postura existencial frente al porvenir que nos llevó milenios afrontar y que, por ser vital, deja necesariamente huella en nuestro lenguaje.

Los verbos del futuro reflejan nuestra visión de la existencia, de nuestra esperanza y de nuestra desesperanza, de nuestras dudas y nuestras certezas, de nuestra relación con el tiempo y con el destino, de nuestra singular manera de estar en el mundo. Una espera neutra, desprovista de alguna carga axiológica, aunque pensable, en la realidad es imposible.

Nuestra vital necesidad de situarnos frente al futuro oscila entre la predeterminación que, aunque opresiva, promete seguridad, y la libertad, que nos ilusiona tanto como nos aterra.

En el escenario imaginable que se traza entre ambos extremos se representaron no sólo la tragedia y las recurrentes obsesiones griegas, sino también muchas de las más animadas confrontaciones filosóficas y teológicas del occidente.

Adivinar

Al extremo de la predeterminación corresponde la adivinación. Adivinar, aunque es un auténtico vestigio de la cultura antigua,[1] constituye una primera actitud posible frente al futuro: una especie de abismo al que la curiosidad nos lanza con mayor fuerza en tiempos de debilidad y que, aun con el más lamentable de los resultados, despoja al futuro de su carácter de impredecible y nos alivia de ansiedad.

Este verbo ha encontrado diversas expresiones a lo largo de los siglos. La misma predicción científica (la del clima, la del mapa del genoma humano, la de los riesgos sísmicos o los escenarios políticos) puede entenderse como traducción de la adivinación. Recurrimos a la ciencia movidos por la misma inquietud que por siglos nos llevó a la magia. No echamos las cartas, ni leemos las manos, sino nuestro perfil de lípidos. No buscamos más exégetas de las señales del cielo: consultamos el Weather Channel.

Se trata sin embargo de un juego, el de la adivinación, que sólo acepta victorias parciales y en el que un triunfo definitivo significaría paradójicamente la más contundente de las derrotas.

Deseamos conocer el número ganador de la lotería, el destino de las acciones en que planeamos invertir o del avión que estamos por abordar. Pero conocer la totalidad del futuro (incluyendo por ejemplo la fecha y circunstancias de nuestra muerte y la de los que amamos, el destino del proyecto de pareja o la empresa que estamos por iniciar) transformaría nuestra percepción de la vida, hasta volverla irreconocible.

Imaginemos un sobre cerrado que contiene la fecha certera de nuestra muerte.[2] Podemos ciertamente abrirlo, guardarlo cerrado, confiarlo a la custodia de una tercera persona o destruirlo. Normalmente, en la medida en que reflexionamos sobre las consecuencias de cada opción, reconocemos que, más allá de nuestra preferencia, hay algo de bendito en la ignorancia del futuro.

Controlar

Si predecir es el cimiento compartido de la adivinación y la ciencia, la tecnología se sostiene en una promesa distinta: la de *controlar* el futuro. Llevada al extremo, la utilizamos para evitar, evadir, impedir u olvidar el catálogo de nuestras calamidades y malestares posibles e imaginables. En última instancia, nos servimos de ella para esquivar la propia muerte, que resume todos nuestros temores.

En realidad este verbo y esta actitud se encuentran en el extremo opuesto —el de la libertad— de nuestro horizonte temporal.

Prevenir, planear, anticipar o programar son verbos, siempre modernos, derivados de esta misma necesidad moral que, por ser paradigmática, nos habita inconscientemente. Somos a tal grado modernos que el discurso político y el de la administración, el de la

[1] La acción de un oráculo en la antigüedad griega, por ejemplo, se enmarca justamente en la lucha entre la libertad y el sino, que es la monomanía de la tragedia y la cultura griegas.

[2] Un reto propuesto por Luis Vergara a sus alumnos.

ingeniería y en buena medida el académico difícilmente soportarían una sintaxis diferente a ésta.

A nivel de sentido común, compartimos a tal grado esta convicción de la modernidad que, en el extremo, confundimos la realización humana con la consecución de lo planeado y ¡en el colmo! la asimilamos incluso con el amor. Hablamos de un hijo planeado como sinónimo de un hijo deseado.

Apostar

Entre la libertad y la predeterminación, que son extremos, y entre el controlar y el adivinar, que los siguen, se encuentra el verbo apostar.

Es cierto que conocer la totalidad del futuro anularía no sólo el juego, la bolsa, la lotería, los seguros de gastos médicos, las vacunas y la prevención, sino también, sobre todo, la vida humana como la conocemos. Pero la posibilidad de conocer el futuro "más que los demás" para aprovechar —como en el *rafting*— sus mejores corrientes es a tal grado tentadora que define un tipo de fe y de ser humano: el del apostador.

Esta actitud se funda sobre una base necesaria de optimismo y confianza, síntomas de la vitalidad humana. No podemos siquiera imaginar a un apostador deprimido.

Entre los apostadores de la historia están por supuesto los mecenas de arte (los Borja, los Medici), inventores como Da Vinci, todos los fundadores de instituciones, muchos empresarios y esos raros jugadores que disfrutan del azar sin ansiedad. Todos ellos son, sin saberlo, correligionarios de una misma iglesia.

Evadir

Hasta el evadir, que parece ser uno de los verbos favoritos de nuestro tiempo con respecto al futuro, tiene una carga valoral; en este caso, negativa. Cualquiera —individuo o cultura— que evada levantar la mirada en la línea del tiempo (quizás para con ello evitar la sombra de la muerte) levita gradual pero necesariamente hacia la frivolidad. La cultura de la evasión, tan posmoderna, resulta por ello necesariamente enajenante y deshumanizante.

Soportar, desesperar

El existencialismo se lanzó lúcida, contundente y despiadadamente contra ésa y cualquier otra forma de frivolidad. Nos retó a asumir el futuro desencarnadamente, sin conceder un ápice al autoengaño o a la complacencia. Albert Camus escribió: "No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si la vida vale o no la pena de que se la viva es responder a la pregunta fundamental de la filosofía".

En sus versiones más negras, el existencialista reduce la totalidad de actitudes frente al futuro a maneras más o menos creativas de distraernos del absurdo existencial: iguala moralmente al místico y al asesino.

La única postura que le pareció moralmente aceptable, además de la del suicida, fue la de un nuevo y singular estoicismo, capaz de encarar el futuro, asumido de antemano como absurdo, con un proyecto.

La vida puede ser un sinsentido, el futuro puede significar necesariamente la nada, pero sigue siendo posible mirarla y asumir una condición digna frente a la nausea existencial.

Aunque igualmente absurdas, el existencialista distingue sutilmente formas y formas de distraer el absurdo.

Esperar, confiar

Junto con el apostador, el controlador, el adivino, el desenfadado y el estoico, la persona que, sin caer en la estupidez ni en la ingenuidad, *mira al futuro con confianza* refleja una actitud nueva frente al futuro y frente a la vida.

Se trata de una posibilidad existencial rara pero significativa que se ubica más allá de nuestra idea sobre el trecho de realidad que podemos tocar —es decir, nuestro poder— y de las muchas cosas que lo trascienden. Se trata de una actitud que se ubica más allá y por encima del optimismo anímico o ideológico: de nuestra incorregible costumbre de cultivar la esperanza.

Comentando la dedicatoria con que Paul Morand le envió la biografía de Maupassant —"ahí va la vida de un hombre que no esperaba"—, Ortega se pregunta: ¿es posible, literal y humanamente posible, un humano vivir que no sea un esperar? ¿No es la función primaria y más esencial de la vida la expectativa, y su más visceral órgano la esperanza?

A la provocación de Ortega, responde la sentencia de Laín Entralgo[3]: "El hombre es un animal humanamente esperante".

Contra toda lógica y en cualquier circunstancia, a los hombres nos da por esperar.

Más allá de cualquier cálculo sobre los escenarios previsibles para el futuro, esperando manifestamos nuestra humanidad y, si se me permite, también nuestro parentesco con lo definitivo: nuestro ser espiritual. Por ello, la evasión es deshumanizante. No podemos vivir sin esperar, so pena de desintegrarnos humanamente. Quizá valga por ello la pena reflexionar sobre los contenidos específicos de nuestra esperanza. En ellos radica quizás el mejor de los perfiles axiológicos posibles de cada ser humano. ~

[3] En la magnífica obra *La espera y la esperanza*, Laín Entralgo reconstruyó con su paciencia de viejo galeno español, durante quince años, todo lo que Occidente, desde San Pablo hasta Baudelaire, ha dicho sobre la esperanza.